

# Valera en el centenario de Goethe

---

Conferencia dada en Cabra en la Sociedad  
«Los amigos de D. Juan Valera», en 30  
de Abril de 1932, por José Manuel  
Camacho Padilla.

SR. DIRECTOR, SEÑORAS Y SEÑORES:

Cuando no hace todavía muchas semanas tuve el alto honor de venir a esta hermosa ciudad en representación de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, para asistir al merecidísimo homenaje que el pueblo de Cabra dedicaba al notable escritor y Director de este Instituto don Angel Cruz Rueda, traje también el encargo de comunicar, a la por entonces recién nacida Asociación *Los Amigos de D. Juan Valera*, la cordial adhesión de nuestra casa a tan bella idea, y el decidido propósito de colaborar, en todo cuanto nos fuera posible, a la estabilización de la Sociedad cultural que, bajo tan seguro amparo, había sabido colocar su porvenir. Claro es que inmediatamente que tuve el gusto de conocer a quienes llevaban la dirección de la idea, hube de convencerme de la seguridad de que la nave habría de llegar a seguro puerto; pero es natural que ésto no podía ser en ningún caso obstáculo para que nuestra ayuda se prestara, y por ello ratifiqué mi ofrecimiento lleno de entusiasmo, y convencido de que los amigos de Valera sabrían aprovechar de él lo que realmente hay aprovechable: el cariño paternal de nuestra casa, que, desde hoy, y por mi conducto, celebra con deleite el ver que en la provincia de Córdoba tiene ya una hija, en la que seguramente ha de ver reproducido su amor al trabajo, su inquietud por todo lo que pueda representar desarrollo de la cultura, especialmente si está ligada de algún modo con la vida de nuestra tierra, y su desinterés y patriotismo, que le hace trabajar todos los días sin preocupaciones ajenas a la cultura, y con lento, pero firme paso que le permite ir comunicando a las gentes la humilde labor que ella lleva a cabo. Yo me congratulo de que Cabra dé,

con la creación de esta Sociedad cultural, un saludable ejemplo a los demás pueblos cordobeses, y estoy seguro de que habrá de despertar la diligencia en ellos, y pronto, todos los elementos estudiosos de la provincia podrán caminar a una en el desarrollo de la cultura, de que tan necesitados se encuentran, en general, los pueblos de España. Y la Academia, al acercarse espiritualmente a los pueblos, por intermedio de estos beneméritos centros, se sentirá más firme en su tarea, y centuplicará sus fuerzas, hasta ver de colocar a Córdoba en la misma posición espiritual en que estuvo hace ya varios siglos: siendo la antorcha que comunicaba poderosamente el fuego sagrado a todos los Centros del saber en Europa.

Y un querido compañero, cordialmente satisfecho al saber cual era el deseo de nuestra casa, quiso comenzar a utilizar los servicios nuestros, y hubo de ofrecerme a mí, humilde emisario, la primera colaboración: una Conferencia. Debo, pues, el estar en estos momentos ocupando vuestra atención, a la casualidad de haber sido el primero que hablaba aquí de la unión nuestra con *Los amigos de D. Juan Valera*; a la bondad de nuestro compañero, uno de los más destacados amigos de don Juan, que, acaso obligado por la cortesía, no quiso encontrar la fórmula precisa para hacerme a mí el encargo de que la Academia enviase a uno cualquiera de los que en aquella casa trabajan, y al cargo que ocupó, que me obliga, irresistiblemente siempre, a aceptar todas las solicitudes que hasta mí llegan, si están derechamente enlazadas con los estudios literarios a los que, afortunadamente estoy unido de por vida. Ya se que mi trabajo no llega nunca a los límites que mi ambición desea; pero siempre acepto a ciegas el ofrecimiento, porque tengo la firme convicción de que mi deber está, además de en el desempeño de la Cátedra oficial, en todo aquello que esté unido a ella y pueda contribuir al desarrollo de la cultura patria.

Y hablar de don Juan Valera es siempre un encanto para las almas; ya ha terminado su Centenario; ya se fueron las brillantes horas en que las Academias próceres de España le dedicaban sus días y los trazos pulidos de las brillantes plumas de sus Académicos; ahora, al llegar las horas de descanso, si hablamos de don Juan, lo haremos seguramente en un ambiente más recogido y con un desinterés nuevo. Ya ha pasado el momento, ese momento absolutamente necesario, en que fué preciso llevar de la mano a las gentes para que admirasen la obra inmortal; ahora nuestra conversación puede ser una charla entre amigos sólo; un diálogo acaso que va a tener una trascendencia muy mediana y esa gran intimidad que ha de permitir la camaradería de unos buenas amigos que, ya de an-

temano saben que en su búsqueda han de obtener el feliz resultado de encontrar lo que buscaban o lo que, con las prisas, dejaron olvidado. Cuando el empaque de la visita de cumplido nos hace que vistamos el traje de etiqueta, hasta engolamos la voz, y por muy sincera que sea nuestra adhesión hacia el personaje a quien visitamos, siempre decimos algo que no llevábamos apuntado, y que, naturalmente, sale un poco desigual. Pero ahora estamos en familia, en coro de conocidos admiradores, y todo lo que digamos, será, o deberá ser lo que queremos decir; a no ser que algún genio malo se interponga en nuestro camino, y burlándose de nosotros, ponga en nuestros labios palabras que no quisiéramos pronunciar.

Yo creo que a pesar de que los Académicos estudiaron la figura de vuestro paisano, desde muchos puntos de vista, no han agotado, ni con mucho la materia.

Hay muchas cosas todavía que permanecen burlonamente escondidas y que esperan el impulso de los estudiosos; y ésta podrá ser una de las tareas que esta naciente sociedad deba echar sobre sus espaldas.

Una de ellas, que hoy me voy a permitir apuntar tan solo, es la de la relación que existe entre nuestro eximio hombre de letras y uno de los poetas más notables de los tiempos modernos, J. W. Goethe, a quien, durante todo este año, se le está dedicando extraordinarias fiestas con motivo de cumplirse, haberse cumplido—en 22 de marzo—el primer Centenario de su muerte.

Conocida es de todos la extensa cultura de D. Juan, y por ello no es de extrañar que hubiese dedicado su atención al estudio de la obra del gran poeta alemán. Pero esta admiración tiene dos momentos en que llega a manifestarse con extraordinario vigor; una tiene lugar al realizarse la edición monumental de una traducción de la primera parte del *Fausto*, hecha por el editor—y traductor también—D. Guillermo English—en prosa, y publicada en Madrid—la edición que tengo a la vista—en el año 1878. Valera enriqueció esta edición con su conocido estudio sobre el gran poeta alemán y su obra. Y otra, y ésta me parece todavía de mayor interés, la publicación de su famosa novela *Las ilusiones del Doctor Faustino*, en la que, como dice el autor, *he querido hacer un Fausto en pequeño*.

A pesar de que el *Fausto* que prologa no contiene más que la primera parte, Valera abarca en su estudio, toda la vida del poeta, el análisis general de sus obras y un detenido examen de las dos partes del poema inmortal. Para D. Juan, es cuestión primaria, y ahora supongo

que de palpitante actualidad, el libertar al poeta de tantos tópicos como se han formado a su alrededor, haciendo creer a las gentes que, detrás de cada palabra, de cada frase, de cada gesto y de cada actitud del gran poeta, se escondía un mundo de intrincados laberintos, que sólo podría llegar a desentrañar el trabajo acumulado de muchos años, o esos hombres, lince de la intención, que se pasan incansablemente la vida atesorando datos para descubrir los más recónditos impulsos que colaboraron en el nacer de las estrofas inmortales.

Y así, defiende al poeta de la acusación que se le hizo de que él se complacía en provocar dolores, martirios, desesperanzas, con el fin de observar el efecto que producían y poder trasladarle a sus poemas, de la misma manera que por entonces, algunos médicos realizaron ciertas experiencias de vivisección, con el fin de observar los gestos con que se manifestaban los dolores en el rostro. Esto es absurdo para D. Juan, y pienso que para todos los que estudien las obras de Goethe con un criterio un poco alejado del fetichismo encendido por una mal entendida admiración, y para todos los que crean que en el alma de los que son capaces de crear tipos universales, no pueden haber crueldades de ningún género. Pero Valera se adentra en sus observaciones y piensa que tal vez lo que hizo durante su vida el vate alemán fué buscar en cada dolor lo característico, y trasformarlo en dulzura por intermedio de la belleza, como el Laoconte, por ejemplo, es bello, a pesar del dolor que manifiesta; es decir, que él, gracias al espíritu de suprema elevación, sabía ver que el dolor, la compasión y el espanto, están suavizados por la gracia divina de la belleza, hasta el punto de trocarse en soberano y tranquilo deleite. Claro que esta afirmación no pueden hacerla sino los que desconocen que la buena poesía no puede ser nunca sino reflejo del alma buena, engañados tal vez por lo que ciertas lamentables apariencias, ya de bondad de inspiración, ya de maldad de las almas, ha podido dictarle. Habla después de aquellos que lo han pintado extremadamente egoísta, hasta el punto de considerarse como un objeto preciosísimo, que necesita de los mayores cuidados, y lo disculpan diciendo que el hombre que tiene la categoría de genio no se distingue de los demás sino en que algunas de las partes de su cerebro ha alcanzado un mayor desarrollo; es decir, algo que deriva directamente de las teorías de Lombroso. Tampoco será muy trabajoso imaginarse que la postura de Valera frente a estas opiniones es de franca y decidida oposición.

Hace luego estudio de conjunto de todos los conocimientos que llegó a poseer Goethe, analizando cuales son las opiniones del poeta respecto

a religión, moral, política—y en ninguna de estas parece que el poeta intentó manifestar algo propio, si bien es cierto que en todas ellas expresó claramente cual era su opinión personal, o a lo menos la posición que él creía su deber adoptar—y estudiando también los ensayos del poeta sobre estética en general. Estos son los más interesantes porque encierran la preocupación del poeta, que, por serlo, a ellos se sentía atraído; y además, por que están documentados, profusamente ya por la frecuentación de los libros más en boga en su época—y en estos límites son los más importantes las obras de Diderot, de Winckelmann—, ya por la amistad con Erckerman, de discípulo; con Schiller, de amigo; y con Herder, de maestro; y ya en fin por que pueden tener una adecuada confrontación ee las obras artísticas que él produce, en las cuales, sin duda, no se abandona jamás a la sola inspiración, sino que la somete al rigor científico del arte. Goethe fué en sus comienzos romántico y después clásico, según Valera. Tal vez habría que decir, que en su principio, mientras el poeta estuvo sometido a los impulsos de la juventud, no quiso sujetar su libertad, y corrió libremente, incluso despreciando, por snobismo, aquello que no conocía bien; pero luego, cuando se quiso acomodar a la realidad, hubo de confesar que antes de su época también se habían producido cosas de interés. Así parece desprenderse de un pasaje del *Fausto*—segundo acto de la segunda parte—en el que se censura debidamente a la juventud alocada con estas palabras: «Cuando a la juventud se le dice la pura verdad, en modo alguno les acomoda a los mozalbetes; más, cuando transcurridos varios años, la han duramente experimentado ellos, sobre su mismo pellejo, entonces en su petulancia se figuran que ha salido de su propio calletre, y así, van diciendo que el maestro era un imbécil.» Al terminar este resumen de la biografía del gran poeta Valera, recorre el immortal poema *Fausto*. El mismo autor había dicho de su obra: «Si el libro de *Fausto*, desde el principio hasta el fin, no hace referencia a un estado sublime, épico; si no obliga al lector a remontarse por cima de sí mismo, excuso decirlo. Creo sinceramente que una inteligencia despejada, un entendimiento recto y lúcido, tendrán que trabajar no poco para hacerse dueños de todos los secretos que he involucrado en mi poema». (De una carta de Goethe a Zelder). Y en otra ocasión: «*El Fausto* es un tema inconmensurable y vanos serán todos los esfuerzos que haga el ingenio para penetrarlo del todo». (Conversaciones de Goethe con Eckerman. 1830). Pero para Valera no tiene este poema ninguna oscuridad; todo se presenta diáfano, y el que no lo entiende es por que está imbuído de la manía

de que, es preciso leer las obras de los grandes genios, buscando siempre el sentido oculto; y así es en efecto; las gentes sencillas no se acostumbran a la existencia de una obra maestra, sin que detrás de las palabras corrientes y molientes, no se encuentre un sentido misterioso no pueden concebir lo bello, si no está aderezado con el jeroglífico sacerdotal. Y se le ocurre el tropo preciso; compara al *Fausto* con un cuadro al óleo de media legua de largo y dice que para poderlo admirar con una sola mirada de conjunto, sería preciso un caballo con el cual recorrerle rápidamente, o ponerse desde lejos y observarlo con un telescopio, porque sino, no se dá uno cuenta de la obra.

El soberbio ensayo sobre el *Fausto*, es algo que honra a la crítica española por la seriedad con que se miden todos los valores, por la severa disciplina con que se sigue la dificultosa marcha del pensamiento del autor, que se presenta nada menos que a través de sesenta años de trabajo continuado y constante; por el acierto con que ahonda en las profundas simas del espíritu rico, espléndidamente dotado del poeta; y por el tino con que sabe recoger aquellos matices que más huella dejaron grabada en el alma del vate. Y ésto, a mi parecer, no se puede conseguir, sin que exista una gran corriente de simpatía entre la obra y el erudito; un gran cariño, que equivale a una gran admiración, en este como en otros muchos casos; Valera gustaba del poema, por que sabía comprender los matices delicados, y a veces casi escondidos del verso; aquellos matices que tan sólo se descubren a los que saben el camino de las cosas; Valera había experimentado sobradamente las emociones que el poeta advierte en la gestación de sus poemas; había visto llegar con frecuencia hasta él el beso de la musa, y era capaz de descomponer y saborear de cada hecho, las múltiples etapas porque había pasado hasta llegar a manifestarse al exterior. Esto es lo que a veces se advierte en el profundo análisis del *Fausto*; la mano de obra del que no ha leído como cronista, del que ha olvidado el papel de Notario; es decir, su impresión es la del artista que trata de mostrar la emoción suya ante la obra, que una de las maneras de ver el arte verdadero, prescindiendo de la anécdota que, si es en muchos casos necesaria y muy útil para otros estudios, nada tiene que ver con el arte puro. Claro es que don Juan, por su carácter especial, por haber viajado mucho y haber cultivado su espíritu tan intensamente, estaba en inmejorables condiciones para juzgar esa obra, que tiene, como uno de sus caracteres distintivos, el de la universalidad.

Pero no es solo entonces, como he dicho, cuando manifiesta su afecto

al poeta alemán, ni es esa la manera más elocuente de manifestarle; todavía ha de vivir en su espíritu la hermosa idea, la poética idea del *Fausto*, para sugerirle una de sus novelas más famosas: *Las ilusiones del Doctor Faustino*.

Conocido es de todos, y no creo deba ocultarse, que la figura de Valera no fué muy respetada por la crítica, al juzgar su labor de novelista. No hay que extrañarse de esto, pues en todas las épocas ha habido un divorcio análogo entre la crítica y los autores, y debiera citarse siempre en estos casos como típico el hecho de que Lope de Vega dijera no creía encontrar en el mundo hombre tan necio que alabara al Quijote. Las muchas censuras que siguieron a la publicación de la novela, obligaron a D. Juan a que, al preparar la segunda edición, añadiera unas notas a su obra, en las cuales descubre algo de lo que ha querido representar en la figura de su protagonista: «Representa como hombre a toda la generación mi contemporánea: es un Doctor Fausto en pequeño, sin magia ya, sin diablos y sin poderes sobrenaturales que le den auxilio. Es un compuesto de los vicios, ambiciones, ensueños, excepticismo, descreimiento, concupiscencias, etc., que aflijen o aflijieron a la juventud de mi tiempo... En su alma existe la vana filosofía, la ambición política, la manía aristocrática».

A. González Blanco, que, en su *Historia de la novela en España desde el Romanticismo hasta nuestros días*, Madrid, 1909, trata muy duramente a nuestro novelista, no considerándolo como tal, reconoce que la obra pudiera haber sido el diario íntimo común de todos sus contemporáneos «obra en la cual se ha pretendido analizar y hasta disecar a su modo (por que ya sabemos que era enemigo de la experimentación) una generación entera».

Leamos nosotros la novela y tratemos de imitar al maestro en la lección que nos ha dado con su lectura del *Fausto*.

El Doctor Faustino es un personaje de muchos menos vuelos que el héroe legendario del poema alemán; se trata de un muchacho que ha terminado la carrera y provisto de todos los prejuicios de casta, ha dominado sus impulsos de juventud hasta el punto de estar cerca de cumplir los treinta años sin haber acusado el espolonazo del amor, y se trata de un hombre capaz de sentirlo, aunque, como luego veremos, trate de persuadirnos, con arrebatadas disquisiciones filosóficas de que él no sabe cual es el amor. Su problema es sólo individual; pero en él pudieran estar incluidos, como dice González Blanco, todos los jóvenes de su tiempo. Es

decir, que mientras Goethe al trazar las líneas del protagonista de su obra, ha prescindido de todo lo que debiera considerarse como característico, Valera ha considerado que lo esencial para su novela es lo especial de cada uno. Es un joven lleno de salud y de vigor, y dispuesto, por la cultura adquirida, para poder recibir el saludable consuelo de otros aires, y sin embargo no sabe a qué dedicarse; por todos los caminos encuentra la selva sin acabar de desbrozar; en todas partes cree posible el hallazgo de mejores cosas; es el ansia de lo infinito. Por dificultades económicas no puede alejarse del pueblo, en el que sabe no ha de hallar consuelo a las apatencias científicas, y de otros órdenes, que se le aparecen, y por los prejuicios de clase, no puede salir a la calle, en donde seguramente ha de encontrar gentes con las cuales no quiere trato; y como es un ser social, le entran deseos de hablar con los espíritus, con algo superior a los hombres, y que seguramente viven al par que él en el mundo. Si ésto pudiera conseguirse, no le importaría nada no salir de Villabermeja; pero a veces, y con harta frecuencia solían interrumpir estos pensamientos la apetencia de proporcionarse bienes materiales, y entonces, apoyándose en su excesiva vanidad, en la ambiciosa creencia de que su valor tenía, y en el deseo de satisfacer sus ilusiones, que eran sin número, y se olvidaba de los espíritus, y se convertía en un simple mortal que lucha vulgarmente. Hé aquí planteada la tesis de la novela; el muchacho puede muy bien representar, como se ha dicho, a todos los muchachos de su época, y simbolizar la inquietud general, pero no quiere ésto decir que él intente comprender, en una sola aspiración, los problemas que la colectividad de sus días tiene planteados. Se diferencia ya de *Fausto*, como ha dicho muy bien su padre, en que todos los problemas suyos tienen un carácter concreto, en que mientras el Doctor Fausto se enfrenta con el problema de la humanidad, él atiende sólo a los problemas propios de una juventud, hay que decirlo sin rodeos, que a nada conducen, si no es a mantener el constante engaño en que solemos vivir por culpa de las falsas preocupaciones de una juventud enfermiza de cuerpo y alma, debilitada por una continúa inquietud y envenenada por ese tóxico que queda flotando en el aire después de una gran perturbación, como lo fué la que entonces conturbó al mundo con la implantación del Romanticismo, que tan fuertemente se adentró en las almas y con tanta facilidad arrojó de su lado a los que no consideró dignos de figurar en sus filas victoriosas. La rapidez con que llegaron las ideas y el entusiasmo con que fueron recibidas, impidió en muchas ocasiones fijar los conceptos debida-

mente, y ésto produjo un hondo desconcierto en esa gran parte de la juventud que se ha incorporado al movimiento de una manera análoga a como se mueven los corderos de Panurgo, y no acaba de saber bien cual es su papel en la vida. La duda de este Doctor—la del otro es la que va aparejada al enigma de la vida—está en que él no sabe bien cuál es la verdadera definición de las cosas. Se pregunta—claro es que para nosotros torpemente—en qué consiste el verdadero amor, pregunta de sus días por entero, pregunta que cae dentro de una de las formas del Romanticismo inglés, la que preconiza que los poetas deben primero definir su estética, y después hacer los versos.

Una vez que ya está trazado el camino a seguir por el protagonista, Valera trata y consigue plenamente, conducirnos al lado de este pobre hombre que se va a debatir, durante unas cuantas horas, ante nuestra curiosa inquietud, mostrándonos una forma de neurastenia y debilidad nerviosa, que son efecto, por una parte, de los gustos de la época y por otra,—y esto está bien en el carácter de los tiempos—, de la educación familiar recibida, que no ha de alterar la estancia en la capital de la provincia, en donde, al parecer, la juventud no ha encontrado una saludable renovación. Por eso, las terribles disquisiciones en que se empeña cuando trata de definir lo que es el amor, que parecía tener resueltas cuando estaba cerca de cumplir los 30 años, son palabras que le hacen meditar temblorosamente espantado, cuando se acuerda de que tiene que llevar a su tía el piñonate que su madre le prepara. Solo que, al mismo tiempo que pide ayuda a la ciencia para resolver sus asuntos, se acuerda de que también puede resolverlos por sí propio, y entonces tiene, naturalmente, esos grandes aciertos que le ha de proporcionar el que lo guía, que también y por tan floridos caminos, sabe hacerlo.

Y así, se llena de delicada gracia cuando dice que él nota algo en el metal de la voz, unas dulces inflexiones que, como la música del ciego Salinas a su inmortal cantor Fray Luis de León, le hacen trasportarse a otra más alta esfera, en donde se oye otra música, que es de todas la primera; y en la mirada, el encanto misterioso e indefinible que le hace cerrar los ojos para no dejar paso a otras imágenes; y en el movimiento del cuerpo un atractivo especial que le trae el recuerdo de una armonía superior; es decir, que sabe lo que es el amor, puesto que lo siente; pero se empeña en encerrarlo en un estrecho marco del que no lo ha de sacar por la manía filosófica que le embarga; y es en balde que nos diga que... «y no quisiera profanar el amor, hablándole de amor, antes de es-

tar cierto de que la amor»; por que en la primera ocasión que se le presenta, lo hace con las mismas palabras quizá inconexas y deslabazadas que en semejantes diálogos se emplean, cuando todavía la experiencia no ha comenzado a dictar la forma urbana; a no ser que se le acuerde de que es filósofo y entonces, camina divinamente empujado por el mejor de todos los de su estirpe intelectual, Platón. La forma inquisitiva de su primera conversación y la ágil de defenderse Constanza, no ocultan que quien las ha trazado es un hombre experto en el diálogo, y ha leído la forma única de conducirlos del sabio griego, pues pone en boca de una niña de pocos años unas delicadezas de concepto que solo podrían, al parecer, ocurrírseles a quienes tienen un pleno conocimiento de las sutilezas amatorias.

Pero el análisis constante de sus pensamientos le ha de traer reiteradamente a los mismos caminos; a su tragedia, a su duda. Después de decir pomposamente «Allá en su rica fantasía segaba a montones cuantas flores brotaran en las faldas del Helicón y del Parnaso, lozanas y olorosas por el fecundo riego de las fuentes Híprocrene y Castalia»; pero no bien se apartaba de estas flores, su declaración quedaba reducida a una fórmula prosáica que no se atrevía a pronunciar: Tráeme los tres o cuatro mil duros de renta, que me hacen mucha falta. Yo en cambio no tengo sino amor. «Su tragedia es esta: el análisis. No sabe cual es el camino que debe llevar en la vida, porque, por una parte, no lo tiene definido, pues por la educación del siglo, la extremada libertad ha conducido, sin duda, a una desarticulación de las ideas y a un desparramamiento de la atención; y por otra, obligado por la sombra de una estrecha disciplina, no quiere dar un paso, sin llegar antes a la perfección, producto también de la época, que ha llevado hasta la exaltación lo individual; que ha hecho del yo un ídolo al que ha sometido la voluntad del siglo; que todo lo ha sacrificado al brillo de la personalidad.

Yo no sé si, por otra parte, será muy aventurado afirmar que efectivamente el sabio doctor hace bien en detenerse en esas disquisiciones, sobre todo cuando habla del amor; yo he pensado muchas veces que los que llegan a esa edad sin haber fabricado, con esa divina torpeza de la planta que nace, una novela en la que el amor ocupe el lugar que por su clasificación—ésta sí que es divina—le corresponde, han perdido el divino sueño de los días locos. «Cuando hay amor y no hay objeto en el mundo

para el amor, se imagina, se sueña, se crea un objeto, y este objeto, se ama». Así dice con cierta razón, solamente con cierta razón, el autor; porque, ¿es verdad que no hay en el mundo, para todos, objeto para el amor? Se ama siempre, se ama siempre y siempre hay objeto para el amor; muy bien sabe Valera, que encuentra en esto hasta pretexto para una de sus curiosas posturas, la que se refiere al trato que le merecen las alcahuetas: «Una de las mayores rudezas y crueldades de la opinión vulgar es, en mi sentir, dar un nombre de vilipendio, tanto que no me atrevo a estamparlo aquí, a las mujeres ya viejas que conciertan voluntades. Cuando esto se hace con buen fin y sin interés, es el grado más sublime a que puede elevarse el amor en lo humano; es la manifestación gloriosa del amor limpio ya de egoísmo; es el amor de la vida sin atender al propio bien ni al logro del propio deseo. No hay obra de misericordia que no se resuma y cifre en el ejercicio de esta virtud archiamorosa, tan denigrada y escarnecida. La que ejerce esta virtud, cura al enfermo, redime al cautivo, da de beber al sediento, enseña al que no sabe, busca posada al peregrino y viste la desnudez de un alma con todas las galas y joyas del amor bien pagado». Esta manera de defender al honrado oficio que según Cervantes «es oficio de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada y que no lo debía ejercer sino gente muy bien nacida, y aun había de haber veedor y examinador de los tales...», no tiene como a primera vista pudiera parecer, una ironía sólo; hay en el fondo de esas palabras un deseo evidente de justificar la pobre ocupación de una señora que acaso llegó a los últimos momentos de su vida sin haber podido cumplir su deseo de amor, a pesar de que en su corazón hubiera una mina inagotable de ternura, que no pudo manifestarse por el trato de desfavor en que se coloca a la mujer en la sociedad en general. Valera tiene también un gran precedente, el de Don Quijote—¡no Don Miguel!—que nunca manejó la ironía y que por tanto, cuando habla, lo hace poniendo en sus palabras su verdad, que si tiene a veces aspecto de locura, no lo es realmente, sino en apariencia.

Pero todavía el Doctor Faustino no ha tenido que tratar con el misterio; aún no ha introducido el autor lo maravilloso, y esto comienza con la aparición de un personaje, que no aparece sino tal vez con ese único objeto, o más bien con el de proporcionar pretexto a Faustino, para que vuelva a acordarse de sus filosofías, de las que le tienen distraído los amores naciescentes que siente por su prima Constanza. La forma extraña, harto extraña que aprovecha para aparecerse la *Inmortal amiga*, quiere

preparar el desenlace bien funesto que le espera en sus amores con su prima, que no manifiesta sentirse tocada por el dardo dulce del amor. La *Inmortal amiga*, padece, sin duda, la misma enfermedad que el Doctor, de quien se ha enamorado violentamente, y está sujeta a los mismos exagerados prejuicios que el embrión de filósofo; pero da lugar a que el sabio en ciernes, acuda a sus conocimientos para poder pensar en la posibilidad de la trasmigración del alma de una coya, que estuvo enlazada con algunos de sus antepasados. Y apenas vislumbra esta posibilidad, su espíritu ve, en la figura de la coya, que está hábilmente representada en uno de los cuadros conservados en su casa, un gran parecido con la muchacha, la *Inmortal amiga*, que acaba de cruzarse en su vida de una manera tan extraña, y que de forma tan misteriosa le ha pedido silencio para su amor y para su entrevista. La figura de esta muchacha, que pudiera dar lugar a un estudio, de no mucha dificultad, para un médico, no tiene, artísticamente considerada, más valor que el ya apuntado: el de servir de pretexto para que el Doctor imagine algo que le ayude a continuar en su perplejidad ante los problemas del mundo; ya se sabe que la amiga inmortal no es más que una pobre muchacha concebida en condiciones románticas y mecida y criada en la cuna de la desgracia, es decir, romántica desde antes de nacer, con el romanticismo engendrado por la exageración ignorante de las gentes que no supieron ver en la gloriosa evolución sino lo que había de torpe o de ambicioso o de afectado.

María es vulgar, al fin y al cabo, y su entrega al objeto del amor no tiene ningún accidente original, sino que procede de un razonamiento frío y en más cercano parentesco con la caridad que con el amor ciego, ciego apesar de que los modernos sabios quieran devolverle una vista que no le hace falta, y que tampoco querrá, pues tengo para mí que el niño glorioso sería capaz de arrancarse los ojos, si un mal día se encontrase con que podía ver. María no pasa de ser un episodio repleto de vulgaridad; pero que ha dado pretexto para que el Doctor Faustino introduzca en su vida ese elemento fantástico, que le da ocasión para que, encerrado en su habitación en las horas en que ha de intentar consolarse del desdén o del excesivo cálculo que ha guiado a su prima al aceptar el casamiento con otro, imagine cosas que le entretienen; dice: «el sueño separa dos momentos de estar despierto; ¿por qué la muerte no ha de separar dos momentos de estar vivo? Si en la primera hay recuerdo, ¿por qué no en la segunda? ¿Hay un mundo del espíritu a donde va el del hombre y se confunde con él como la materia en la tierra?» En esta inter-

pretación materialista encuentro una curiosa coincidencia, en la valentía de la hipótesis, con otro cordobés ilustre, al que también he tenido que estudiar en estos días, el gran periodista Carlos Rubio, al que nuestra casa, con motivo de cumplirse el primer Centenario de su nacimiento, le ha dedicado una velada necrológica. Carlos Rubio hace una atrevida extensión de la teoría de Laplace, diciendo, o a lo menos así me lo ha sugerido a mí la lectura de uno de sus poemas más notables, *Napoleón*, que acaso el espíritu giró, en la época de la creación, de manera análoga a como giró la materia, formando nebulosas; y luego se fué condensando para formar los mundos, que son las almas. Valera busca en la filosofía solución a esos problemas planteados, y aprovecha la oportunidad para hablar de algunas escuelas filosóficas con cierta sorna, añadiendo que muchas de ellas se han forjado después de una buena comida, que es cuando se siente más la euforia, la alegría de vivir.

A través de todas estas hipótesis se va manifestando la gran cultura de don Juan, que sabe aprovechar cualquier ocasión para manifestarla de una manera elegante y con airoso desembarazo. Y así, cuando cansado de imaginar explicaciones sobre la verdadera naturaleza de la *Inmortal amiga*, piensa que acaso sea la poesía que él tal vez tiene olvidada por el orgullo y la ambición—él desde luego parece no recordar que la amiga es de carne y hueso y no es ninguna abstracción—recuerda el cuento de Doña Guiomar, que dice haberle oído a las viejas criadas de su casa, y que viene a ser una graciosa variante del conocido drama indio *Sakuntala*.

El amor, lo mismo que la ocupación, va apareciendo ante los ojos de Faustino con una alegre prodigalidad. Las mujeres, todas las mujeres con las que, además de la edad, le une algún otro lazo, despiertan en él el amor. Es ahora Rosita, de la cual consigue Valera una de esas maravillosas definiciones que sólo saben hacer los que sienten el arte—el arte infinito de la naturaleza que ha sabido crear esa obra tan varia y siempre tan acariciadoramente provista de las más cariñosas perfecciones—diciendo: Rosita, sólo con mostrarse daba idea de la gloria y del infierno. Luego, para ponderar la estabilidad de su hermosura, dice: «La intemperie no había ajado ni sus manos ni su cara, que tenían algo de la pátina que da el sol de Andalucía a las columnas y a otros monumentos artísticos». Esta bella mujer, tan codiciosamente descrita, acaso lo mejor que por el lado de Faustino pasa, viene de la mano de Respetilla, del Fámulo, que quiere llevarlo a la realidad, de la misma manera que Wagner lleva al Doctor Fausto haciéndole conocer a las gentes. Y tampoco encuentra el

terrible solitario en ella fuerza suficiente para vencer los especiosos razonamientos, de su madre, que representa en este asunto el mismo papel que su imaginación irresoluta y abúlica, cuando trata de buscar un consuelo para su vida. Es preciso que la tragedia continúe, que el muchacho viva en la misma incertidumbre; es necesario para ello que la madre no haya salido de aquellas torpes ideas que van a encerrar a su hijo en un mar de desdichas, y como el alma abúlica de su hijo no sabrá oponer ni la más pequeña dificultad, la duda seguirá en él, y la vida tendrá o seguirá teniendo la misma inconsistencia; le abrumba seguramente el destino que él cree tiene que cumplir en la vida, pues según el espíritu de su época, el credo del romanticismo de su tiempo, el hombre tiene marcada una ruta en la vida, que es la de contribuir con su esfuerzo a que el monumento que está levantando la historia encierre, para la vida de todos, el mayor cúmulo de perfecciones. La magnitud de este problema, espanta su alma, medrosamente educada entre las faldas maternas y torpemente descuidada en la no muy abierta vida que ha debido llevar en Granada durante sus estudios; la Universidad aguanta en aquellos momentos el lastre de una formación de algunos años de atraso y por eso no se siente con fuerzas para afrontarlo, y sigue la ruta que los días pausados le van marcando, y dejando para la soledad de su cuarto, el harto lamentarse, la inquisición del por qué, la agonía de la duda y el perderse en disquisiciones líricas, que tienen de lo lírico lo peor, lo que surge del alma del individuo, no porque sienta la necesidad de salir, sino porque, ahuyentado violentamente de la sociedad, no tiene otro remedio que esconder la ira, o la impotencia en el soliloquio, que su cobardía le impone. ¿Cuál ha sido la causa de que se forme un núcleo de personas que eduquen de esta manera estrecha a sus hijos? Difícilmente podría achacarse a otra cosa que a la revolución romántica, que por llegar demasiado deprisa, ha asustado a muchas gentes. Goethe, con ese instinto certero de los que por ser poetas, tienen el don de situarse en el justo lugar, aun de las cosas que parecen más ajenas a sus conocimientos, tuvo el valor de decir que la revolución francesa no era de su agrado; veía que el adelanto que efectivamente representaba una tan enorme renovación de ideas, no podía llegar al mismo tiempo a todos los espíritus; que sería recibido por muchos con esa resistencia pasiva que tanto detiene los más generosos impulsos, y que el resultado de esa resistencia sería, al fin y al cabo, el destruir el adelanto que la revolución hubiera podido conseguir, con relación al que una evolución bien dirigida habría determinado, pues en todo momento,

lo mismo en ciencia que en arte, en política como en religión, todos tienen el mismo derecho a participar en las aspiraciones de la colectividad, que ni son feudos del momento, ni pueden jamás improvisarse con la alharaca de un grito oportuno o con la aprovechada intervención de la fortuna.

Para mí, nuestro gran novelista no ha olvidado ni por un momento cuál es el papel de su Doctor; y, tan meticulosamente como corresponde al que tiene un concepto claro de lo que es la responsabilidad en que puede incurrir, estudia los más íntimos detalles, por eso no se le olvida que, cuando encuentra por fin a María, que es la *Inmortal Amiga*, cuando repentinamente se desvanece todo el misterio, Faustino no se preocupa sino por aprovecharse de su juventud y sentir el amor. Y durante los varios días que se entrevista con ella no siente la curiosidad que correspondía al misterio conque se ha presentado el amor; y es por que está verdaderamente ciego, sino por el amor, por la pasión, que en él, a causa de la pereza de su vida, vienen a representar algo muy análogo. No es posible creer en esa inquietud que él manifiesta a veces en presencia de los problemas de la vida; él no siente la poesía, como lo demuestra cuando, en presencia de los bailes y juegos que organizan en la Nava, no exterioriza la más pequeña emoción y el romántico, aunque sólo sea por snobismo, la hubiera sentido, ya por tratarse de juegos y afectos de los humildes, ya porque tenían sabor patriótico y regional. El Doctor está en aquellos momentos ajeno a casi todo lo que pasa a su alrededor, porque sus ojos y su alma y todo él, no tienen vida más que para acordarse de aquel amor que él no sabe todavía lo que es, ni hubiera necesitado saberlo; quizá para ser feliz le hubiera bastado con recoger aquella dulzura que tan fácilmente se le llegaba a las manos, y de tan bella manera estaba adornada. El Doctor se ha desequilibrado, ha perdido su tiempo, y todo llega ahora de una manera arbitraria, si es que efectivamente su alma es capaz de sentir; además del amor para lo que orgánicamente está preparado, esas otras cosas de que alardea, que ha traído como bagaje de sus estudios universitarios que le sirve a maravilla para decir algunas sutilezas, eco fiel del espíritu tan bien dotado y sometido a un cultivo tan inteligente. La muerte le inspira unas lamentables diatribas en contra de la pobre Rosita que, a ojos vistas, no ha cometido en toda la obra más hecho lamentable que el poner el cariño suyo en un tan simple sujeto; y unas sencillas glosas de *La vida es sueño*, adobadas con observaciones especiales sobre la semejanza entre el descanso que el sueño proporciona al

hombre que humedeció su frente en la dura jornada, y el que proporciona la muerte al que cumplió en la vida su misión de trabajo y de paz.

La soledad, obligada con la muerte de su madre, a la que desea el respeto de su última voluntad, le permite nuevas vacilaciones, o mejor nuevos hallazgos en su especial filosofía que ahora le va desbrozando el camino para entrar en el dominio de la cábala, la magia, la teurgia... Pero éste, como todos los suyos, es un saludo rápido, y no ha de entretenerle mucho, pues como en toda ocasión, él no tiene mucho tiempo disponible para dedicarlo a una sola cosa. Y en Madrid, a donde acude, una vez que ya puede obrar por su propia cuenta, tiene durante diecisiete años la vida que le corresponde; el balduque de una oficina ha de ver consumir toda la actividad científica y poética del joven que tantas ilusiones tenía como orgullo, y que ni una vez se le ocurre entretener los ocios de los largos días, procurando descubrir el secreto de los versos, ni buscando el amor que, aunque humildemente podría completar una paupérrima personalidad. La tragedia tiene en estos diecisiete años la virtud de ir matando las ilusiones sin gritos, sin aspavientos; ¿ha pasado la hora del Werther o es que aquí, ni el amor ni la poesía, ni el arte, ni la filosofía, llamó con el apremio que sale de la llamada del corazón? Valera manifiesta una vez más la fidelidad que le guía siempre al trazar este personaje que tiene el mal del siglo. Es el tiempo en que todo el mundo, grandes y chicos, se creen en la obligación de hacer la historia de la patria; y todos los muchachos recogen desde el primer momento el encargo de recoger una pluma o un pincel, porque es en el cultivo del espíritu donde se ha de manifestar precisamente la creación; y cuando ya tienen la pluma en la mano, y con el ligero baño, ligero por el artificio que han empleado al adquirirlo, de cultura de que disponen, se aprestan a escribir, se encuentran con que no tienen nada que decir. Lo mismo ocurriría en un pueblo en el que por cualquier fortuita circunstancia, todos quisieran dedicarse al problema político o social; seguramente cuando se encontraran con el poder en las manos, no sabrían qué hacer con él, y entonces maldecirían de la política o de la sociedad, como si una u otra hubieran tenido la culpa de que el torrente de los días de borrasca los hubiera puesto en donde ellos se tenían que sentir necesariamente desplazados.

Este es Faustino que, enredado al fin en un lance vulgar, ha de acabar su vida con un suicidio; pero no como el de Werther; sino porque ahora encuentra reproducidas, con mayor vigor todavía, porque él se siente mucho más débil que antes, las mismas dudas que le turbaron en los días en

que muerta su madre se le planteó por primera vez en su vida la obligación de pensar por su propia cuenta. No es el amor grande de M por la que siente una atracción fría, incapaz de sacrificio; si él es v te ahora para ofrendar su vida a la que muere por él, también lo ha podido ser para respetarla.

La vanidad científica, el orgullo del poder y la manía nobiliaria tres juntas han sido las culpables de que el Doctor Faustino se p son las tres manías del siglo que han tenido el gran poder de apod de todos los espíritus juveniles, infiltrándose en ellos revueltas con la meras ideas que visitaban sus cerebros, y recibidas con la santa avid la tierra virgen. Buscan la gloria, por que eso es lo único que ellos den buscar en el anhelo artístico, y cuando llega la gloria, la recibe fáticos, pero sin saber para qué sirve, y un poco avergonzados po con ella en las manos, observan que están haciendo un poco el rid El Doctor Faustino, que solamente es Doctor en el título que la U sidad le ha entregado liberalmente, no tiene nada que hacer con la ceta, ni con aquellas ideas que se le han adentrado en la cabeza; t la paz de su pueblo, al lado de aquella deliciosa Rosita y dedica bello y utilísimo cultivo del campo, su vida no hubiera tenido ni negrura; el sagrado cultivo del campo, que tantas veces se ha aban do y tantas veces ha sabido despertar las dulces lamentaciones de los tas que supieron adivinar la triste desolación de las tierras abandon

La lucha que representa el Doctor Faustino es la misma de sus el estudiantón pasa por el lado del campo y no se le ocurren man ciones de amor, ni por un momento encuentra justificado el ofrece manos al generoso cultivo, ni mucho menos en aplicar el beneficio ideas que ha recogido en sus estudios al mejoramiento del cultiv problema de la necesidad material no pasó inadvertido, ni mucho para el *Fausto* de Goethe; pero su sombra supo presentarse con el atavío para que no ocupara más sitio que el que le correspondía. E tas ilusiones, el problema es mucho más concreto; y por una afect que no sé en verdad cuando ha dejado de sentirse, se abandona es BRAG, 36 (1932) 227-250 los hombres tanto sitio. Es verdad que el plac

Entre los hombres de buena voluntad debe haber esa prestación fraternal que permita, a los que por la gracia divina tienen la aptitud, ofrecer a sus hermanos el producto de su estudio, aunque sólo reciban a cambio el pedazo de pan que produce la tierra, también sagrado y regado con el misterio de la sonrisa divina que todo lo enaltece. El desdén, tan injustificado como suicida que, al parecer, casi en todos los tiempos ha provocado el cultivo del campo, ha traído como lamentable consecuencia el que los pueblos atravesasen largos períodos de miseria; la ciencia, que trabaja incansablemente, conseguirá al fin llevar a los más apartados lugares el producto de sus desvelos, hasta ver si el encanto de la ciudad llama con menos poderosa voz a los hombres.

Así como Goethe tuvo por principal fuente de inspiración su tierra, de la que supo extraer el rico fruto, noblemente engendrado por un cariño sin límites, una voluntad inquebrantable y una capacidad de trabajo sin medida, también Valera busca la fuente de inspiración en su propia tierra. Es este un aspecto de la personalidad del gran novelista, su destacado carácter andaluz, que todavía no ha preocupado a nadie; pues, como ya me parece haber dicho en otra ocasión, el tópico vulgar ha incluido a Valera entre los autores de espíritu cosmopolita. Es verdad que apesar de la atención que se le ha dedicado en estos últimos tiempos, con motivo de la celebración de su centenario, fervor que pasó apenas extinguidos los ecos de los últimos aplausos—díjalo si no el monumento que espera levantarse—, no se le ha dedicado a don Juan el tiempo que merece; era absolutamente precisa esta casa. Y casi todos los críticos saludan en él el espíritu andaluz. «En Don Juan Valera persiste el carácter de su raza, de su región, de su patria y de su época», dicen los señores Hurtado y González Palencia en su *Historia de Literatura española*, la más fundamental de las que se han publicado. Y el Conde de las Navas, su gran amigo, dice en el discurso que pronunció en la Academia Española en 21 de Diciembre de 1924, que en Valera sobresale un tipismo propio de su patria y una incommensurable alegría que se desborda por todas partes sin respetar las ocasiones más solemnes.

Su amor a lo andaluz, y sobre todo su claro concepto de lo que lo andaluz representa, está patente, por ejemplo, en la magnífica descripción que hace de la fiesta en la Nava, la finca de Rosita. Es una curiosísima página de folk-lore, en la que Valera ha sabido encontrar el agradable sabor de égloga. Primero describe el clásico y airoso fandango, tan torpemente desterrado hoy de nuestras casas, apesar de que en él la mujer adopta las más bellísimas posturas; y dice que bailaron los que

sabían y los que no sabían también; porque hay que decirlo, el rito de este baile no es la novedad de la postura, ni la perfección de la línea ni el acordado movimiento. Las almas superficiales que alguna vez, de pasada, contemplaron estas sanas fiestas de nuestro pueblo, vieron el riquísimo poema de alegría que se desarrollaba ante sus ojos, y pensaron que, para reproducirlo—y ¡hasta se atrevieron a creer que a perfeccionarlo!—basta con la contrata de unos cuantos artistas mercenarios. No supieron ver que el rito estaba fuera de todo eso; el rito se componía de una divina mezcla de perfumes de la patria querida, con unas suaves armonías del canto de nuestros pajarillos, un dulce ambiente por el beso de nuestro sol, y el mágico arrobamiento que la juventud pone en sus sabrosos anhelos y la misteriosa atracción que junta, divinamente conducida, todos los corazones humanos. Después Respetilla, que en esta ocasión representaba el gracioso, recitó la relación del borracho que habla con su novia, y el romance de *El ganso de la Botillería*:

Esta es horchata, so ganso;  
y yo que nunca en jamás  
d' aquello había catao  
al vidrio me enderecé  
y al tirarme el primer trago  
las quijáas y los dientes  
de manera me s' helaron  
que me quéé sin sentio  
y ya medio encirolao...

y por último el mismo Respetilla, compuso y dirigió admirables juegos. Estos fueron unas sencillas representaciones teatrales, directamente derivadas de los Juegos de Escarnio de que se habla tanto en los orígenes de nuestro teatro, y que juntamente con las representaciones religiosas, vinieron a dar lugar, en manos de Juan del Encina, a la creación del teatro nacional español, uno de los más nacionales del mundo. Y Respetilla, conservaba aún el recuerdo de los días de Bartolomé de Torres Naharro, pues para sus juegos hace una clasificación de obras históricas y obras fantásticas, de la misma manera que el dramaturgo extremeño había dividido sus obras en Comedias a noticia y Comedias a fantasía. La histórica de Respetilla se refirió a las burlas de la reina María Luisa y a las que tuvo que aguantar de Quevedo; la fantástica tuvo por asunto las andanzas de un Tenorio plebeyo, que acaba por burlarse hasta del diablo; en ambas obras destacaron dos peculiaridades; una la de la excesiva libertad en cuanto a la moral, y la otra, la de lo único que el autor pone en estas obras

es la invención del argumento, pues los diálogos han de ser improvisados por los actores. Esto es curiosísimo, por que una de las nuevas escuelas de teatro ruso, tiene estas mismas normas y así actúa, o actuaba hace dos años una compañía en los teatros de Leningrado. Claro es que existen grandes diferencias, pues en el teatro ruso moderno, se trata de profesionales, que se dedican a ello por un verdadero amor, mientras que los cómicos de nuestros cortijos actúan de una manera eventual, y tienen poca elevada cultura; pero el hecho evidente es que nuestro folk-lore tiene muestras de esas avanzadas del arte de última hora, y del que todavía podrían recogerse bellas muestras, en cuanto fuera posible que las gentes comprendieran el alto valor que tienen todas las manifestaciones populares, a las que sólo es preciso ir limpiando de las crudezas de la forma, para que muestren el encanto, las sencillas creaciones artísticas del pueblo y de la colectividad. También ha vivido intensamente Varela con las gentes de Andalucía, para recoger de una manera espléndida las observaciones, las curiosísimas observaciones sobre la actuación y la vida de los bandidos populares; y poner en boca de Joselito el Seco, todas las arguciones de que se valen las gentes de los campos, ya para proteger al enemigo ascencial de los señores, que lo es por el solo hecho de que tienen dinero, ya para disimular el pánico con que huyen a las horribles venganzas en que van envueltas las historias de los bandidos célebres de todos los tiempos; la defensa de estos hombres que viven fuera de la ley se funda en esos relatos de generosidades y gallardías que, no son invención de los novelistas, sino algo absolutamente real. Valera, conviviendo mucho tiempo con las gentes de los campos, o tal vez, vertiendo los recuerdos que en los años de su juventud fuera recogiendo, compone el capítulo de Joselito, en el que nada quizá ha salido de su pluma, si no es la limpieza de la prosa y el orden de la argumentación. Momentos ricos los que ha vivido junto a aquella vida de donde ha obtenido extraordinaria cantidad de datos de la vida provinciana, que en cualquier momento sabrá aprovecharlos como cuando habla de Don Alfonso, el padre de Constancita, varón rico, que considera el haberse enriquecido como una prueba de gran talento, por la cual se cree autorizado a pensar que su talento tiene carácter de universalidad, y habla de política, de literatura, de medicina, etc., etc., con estupendo aire de sabio... y, en el pueblo, nadie le contradice por que todos le deben dinero. Demuestra haber vivido en Andalucía mucho tiempo, todo el que se necesita para saber comprender la belleza de una copla bien cantada y en las condiciones en que debe

oirse. En todo era Respetilla jocosos, menos en este de cantar playeras. Las cantaba con mucho sentimiento, era un gemido prolongado que ansiaba llegar al cielo, era un suspiro melodioso que traspasaba los corazones. Así iba cantando entre otras cosas:

Quando yo me muera  
dejaré encargado  
que con una trenza de tu pelo negro  
me amarren las manos.

Esta oración jaculatoria, esa melancólica saeta hería el alma de la divinidad a quien se dirigía, que no era otra sino Jacintica; más no por eso dejaba de agrandar a los demás oyentes. «No hay nada que en medio del campo en la soledad de un camino, cuando se va andando paso a paso tenga mayor hechizo que una copla de playeras bien cantada.» Este elogio en quien por su cultura parecía estar ajeno a las emociones populares, no puede hacerse por el solo hecho de haber pasado unos días por estas tierras y, sobre todo sin estar apto para sentirlo. Cuando el elogio tiene esta sencilla expresión, se ve que procede de quien no hace más que traducir una emoción. ¿Y quién hubiera podido sospechar ese encendido ditirambo en la pluma de un hombre de cultura tan refinada, cuando por una serie de pequeñas y absurdas causas, finísimas para un estudio que podría ilustrar algún capítulo de la psicología de las multitudes, desde hace muchos años causa sonrojo a muchos andaluces el que les hablen de su canto regional de divina progenie? ¿Cómo nos atreveríamos que los tales que así se avegüenzan del canto de su tierra no comprenden que están mostrando un claro signo de su bastardía, cuando así niegan a la madre que les dió su luz?

Las otras alabanzas, las que están adornadas de brillantes parrafadas, son las fabricadas en los breves momentos de estancia en una ciudad de la que se quiere coger la superficie ambiental para poder despertar la curiosidad de las gentes. Desgraciadamente este es un achaque del que aun no hemos podido curarnos; y todavía los escritores llegan a una ciudad, y con sólo lanzarle una mirada, tal vez entornando los ojos, tal vez juntando las cejas..., tal vez trasponiendo el pensamiento, encuentra materia bastante para componer extensos capítulos de novela. Hubo un tiempo en que padecimos las visitas a España de los escritores extranjeros, que, naturalmente, no se llevaron de lo nuestro más que algo de la superficie; pero sí lo bastante para enredar sus pintorescas adivinaciones; ahora padecemos la moda de que las provincias vayan manifestando su tipismo; y

a las provincias llegan los escritores de Madrid, que se llevan con unas horas de convivencia con nuestras calles, todo lo que en nuestras ciudades hay de bueno y de típico. Cuando Valera necesita situar alguna de sus obras, acude donde sabe que ha de encontrar la geografía propicia, apesar de que, por su carrera y por sus aficiones, estaba capacitado como pocos para apoderarse de la vida que pasaba a su lado; porque sabía, con la intuición que sólo apunta en las personas que de veras están en posesión de algo del espíritu de lo genial, que una geografía que no corresponde a un personaje, hace al personaje un alma poco graciosa, de la misma manera que un traje de un almacén de ropas hechas, quita aire y elegancia al cuerpo más garboso. ¿No recordáis todos esas piezas musicales que tal vez llevan el nombre de una ciudad, y que no perderían valor ninguno aunque se les aplicase el nombre de otra cualquiera? Valera sabe ésto, y si en *Las ilusiones del Doctor Faustino* nos lleva a Madrid, no vemos en este largo viaje más que decoraciones de interior, que son precisamente las únicas cosas que Valera ve en la corte. Cuando piensa en su tierra, la bendita tierra que le vió nacer, cómo manifiesta su dolor profundo en aquello bonita página de política que tiene un carácter de actualidad enorme, en la que el Doctor se extraña de las luchas que los hombres mantienen por las ideas políticas, llegando a dudar que sea verdad ese calor que manifiestan poner en sus discusiones, y después de varias consideraciones muy personales, pero tal vez muy actuales, dice con un magnífico dejo de tristeza: «En este punto, apesar de toda su ilustración, nuestro doctorcito era un bermejino completo, o mejor dicho, un lugareño español de cualquier parte, salvo cuatro o cinco provincias, donde saben querer y saben lo que quieren, y por eso traen a mal traer a las demás, que tienen la voluntad marchita».

Pero lo más andaluz de todo, lo que no puede ser copiado más que por los que han llegado a percibir el claro sabor de nuestras fuentes, el dulce halago de la caricia de nuestro sol, es la gracia constante en el diálogo o la observación fina. Las agudas intuiciones del filósofo se impregnan del sabor nuestro cuando tienen que discurrir por los campos del piñonate que la oficiosa madre ha dispuesto como presente para la presunta novia, y allí la sal se amontona incansablemente; o al hacer Respetilla las observaciones que a él se le ocurren contemplando el traje de Doctor de su amo; o cuando habla del famoso baile a beneficio de los niños de la Inclusa; o si descubre las penitencias del padre Piñón, proporcionadas al delito, naturalmente, y que tenían por límite máximo un

pavo, que solo se veían obligadas a pagar algunas casaditas; y constantemente, pues aunque parezca mentira, a su tierra ha ido a buscar este hombre, que tan bien sabe hablar, hasta las palabras. El estudio de su léxico, cosa que tal vez podrían emprender conjuntamente estos amigos del novelista egabrense, demostraría cómo era su conocimiento de las acepciones de las palabras en nuestra tierra, y cómo conocía nuestra fauna y nuestra flora—¿quién de vosotros no recuerda su profunda erudición en el arte culinario, de la que da tan claras muestras en su retrato de la cordobesa?—y hasta cómo sabe llegar, como un andaluz de pura cepa, a esas curiosas exageraciones, de las que, unos que han dado en llamarse poetas nuevos, porque al encontrarlas ellos por vez primera, e imitarlas torpemente, se han creído inventores, utilizan—recuérdese lo de tertulia cúbica—; y tantas y tantas cosas como a cada momento acuden a nuestro recuerdo, a penas queremos enfrentar la obra del insigne maestro con la vida de todos los días, que afortunadamente estamos viviendo.

Ya habéis visto como don Juan conoce al gran poeta alemán, y aprovecha y sigue su estudio en estas rápidas muestras que he querido presentaros. Tal vez esta demostración no está completa y falta mucho todavía; tal vez lo que yo os digo no ha llegado a la mitad de mi deseo, y por eso he de contentarme con haber iniciado vuestra curiosidad hacia algún punto.

Pero harto lo conozco; esto se va haciendo pesado; vosotros me habéis llamado para que os hable de vuestro paisano, y yo he venido con ese objeto por obedeceros. Hemos dejado transcurrir una hora, y ya hemos probado bastante dos cosas. Que mi atrevimiento no tiene límites y que vuestra bondad, coincide en extensión con mi atrevimiento; ya hay bastante. Si alguien dudara de vuestro cariño al gran novelista, que venga y se documente; los que tan religiosamente han escuchado mi Conferencia, están ya probados para todas las demás ocasiones; yo quisiera ahora saber pedir os perdón; utilizar esas palabras que saben el camino de las almas, para mostraros mi agradecimiento por vuestra benevolencia; pero no las se, y acaso no me esfuerze mucho, por que ya os conozco y por que me escudo en el nombre de D. Juan, que con una sonrisa llena de amable optimismo y de paternal condescendencia, tal vez detiene vuestro enojo. Yo en pago de esta graciosa defensa, quiero terminar mi trabajo, con una nueva excitación a que el homenaje en mármol que se le debe pueda llevarse a cabo. Para el que todos los días tiene los libros en la mano, para los que hemos elegido el cultivo del espíritu y la utilización de su esfuer-

zo como medio de vida, el mejor homenaje lo habeis hecho ya con la creación de este centro cultural, en donde se ha de mantener cada día con nuevos aspectos el cultivo del amor a Valera, en el que no hay nada de fetichismo, sino una justa correspondencia al gran bien que al desarrollo del espíritu hizo Valera con sus obras; pero es necesario que este homenaje se vea por los ojos, por una parte y por la otra quede para los tiempos venideros como una muestra indiscutible de que el pueblo de Cabra reverenció como debía la memoria del escritor insigne. No esperemos a que vengan escritores, dentro de algunos siglos, a decirnos lo que ya nos sabemos nosotros, que Valera es uno de los primeros novelistas de España; no aguardemos a que otros pueblos nos den el ejemplo, como ahora Galicia erigiendo un monumento a su gran poeta Curros Enríquez; no dejemos la iniciativa a Madrid, en donde como cada español que allí vive tiene un Cervantes o un Gonzalo de Córdoba o un Velázquez o un Miguel Servet dentro de su pellejo, cree que hace demasiado con prestar la colaboración de un día, y aun para los que vivimos en provincias con la obligación de pagarlo; no pidamos a los demás lo que por otra parte estamos obligados a hacer nosotros; y puesto que se trata de una gloria andaluza, circunscribamos a Andalucía, nuestro llamamiento y llevemos al naciente Estatuto esta obligación moral: la de procurar que las glorias de nuestra patria, que también lo son de España entera, porque por la gracia de Dios, nuestras glorias son de oro puro, sean debidamente celebradas y podamos, al mismo tiempo que mostrar el oro de esas glorias, el oro de nuestro orgullo y el de nuestro agradecimiento. Siempre amanece el nuevo día; siempre es el alba para comenzar el trabajo para los que lo emprenden guiados por el entusiasmo y el bien; si se ha tropezado una vez y otra, no desmayemos: que suene constante en el aire la voz de nuestro propósito, hasta ver si la recogen quienes tienen en su mano el que se lleve a feliz término la erección en piedra, del orgullo maternal de Cabra, porque cuenta entre sus hijos preclaros, al que en el siglo XIX supo figurar entre los abanderados de la literatura española.

Cabra, 30 de Abril de 1932.

